

El rostro contemporáneo de la biopolítica

Byung-Chul Han: *Psicopolítica*. Herder, Barcelona, 2014, 127 pp.

Byung-Chul Han constituye el último protagonista de esos curiosos fenómenos que sacuden Alemania cada cierto lapso de tiempo donde lo filosófico no está reñido con lo mediático. Este autor de origen surcoreano, pero afincado desde hace tiempo en el país centroeuropeo, nos brinda cada uno de estos últimos años la oportunidad de saborear un nuevo, pequeño, succulento y también provocador libro con el que pone en cuestión algunos de los prejuicios y mitos más arraigados de nuestro presente. En algunos ámbitos se lo compara por eso con Peter Sloterdijk o se lo considera incluso como su sucesor, a pesar de las disputas que ha habido entre ellos. En cualquier caso, su éxito editorial es fácil de comprender. Su prosa, clara y directa, resulta fácilmente accesible para el lector no especializado, con el innegable mérito de que la legibilidad de sus escritos no va en desmedro del uso preciso que hace de los conceptos o del interés que despiertan sus reflexiones. Además, también se agradece que se sirva productivamente de la tradición filosófica para desgranar y afrontar de manera muy crítica algunos de los problemas que nos circundan, sin enredarse en prolijas cuestiones académicas.

Psicopolítica es un ensayo que arroja una de esas lúcidas miradas sobre el presente a las que este autor nos tiene acostumbrados y que nos ayuda a comprender mejor cuál es el trasfondo que yace detrás de numerosos fenómenos y actos cuya significación oculta suele pasar desapercibida. Y aunque no lo explicita se lo puede ver en este sentido como una ejemplificación más de aquello que Michel Foucault denominó una ontología del presente. De hecho, el título de su obra debe entenderse como una continuación de lo que este pensador francés bautizó como biopolítica. Byung-Chul Han arguye que la biopolítica foucaultiana se quedó anclada en un análisis del cuerpo, de modo que no habría llevado a cabo el viraje necesario para explicar la explotación de la psique, aquello que fundamentalmente caracterizaría a la forma hegemónica de poder en nuestra sociedad contemporánea (p.40). La tesis fundamental que recorre el libro se resume cuando escribe que «la psicopolítica neoliberal es la técnica de dominación que estabiliza y reproduce el sistema dominante por medio de una programación y control psicológicos» (p. 117). Y eso entronca con una forma de poder que no se define por su negatividad sino por su positividad, en lo que es uno de los *leitmotifs* de la filosofía de este pensador. Por lo tanto, el problema no descansaría en la actualidad tanto en la coacción exterior como en la interior, en la prohibición como en el estímulo, en la explotación ajena como en la propia, una explotación mucho más descarnada y sin límites que se presenta como el nuevo y más desesperanzado rostro de la servidumbre voluntaria así como la auténtica y plena libertad de un capital desatado, liberado de trabas u

obstáculos, cuyo campo de acción penetraría también en esferas como el ocio o en el terreno de las emociones.

De ahí que indique que «la técnica de poder propia del neoliberalismo adquiere una forma sutil, flexible, inteligente, y escapa a toda visibilidad» (p. 28). En vez de buscar la sumisión, se trataría de conseguir la voluntaria dependencia de los súbditos, de alcanzar seductoras formas de sujeción fundadas en el deseo y en el placer. Como señala, «la psicopolítica neoliberal está dominada por la *positividad*. En lugar de operar con amenazas, opera con estímulos positivos. No emplea la “medicina amarga”, sino el *me gusta*» (p. 57). Y este aspecto no le hace sino intensificar el tono sombrío de sus reflexiones. Este poder positivo, a diferencia de su contracara negativa, se revelaría en verdad como un poder mucho más opresivo y eficaz, como una forma de dominación invisible, flexible, inteligente (*smart*) y ante todo desprovista de resistencias y de negatividad, donde la agresividad que golpea y lastima al individuo procede de sí mismo y lo deposita en males contemporáneos tales como la depresión o el síndrome del *burnout*. Curiosamente no menciona el suicidio, aquello que Jean Baudrillard consideró como el crimen perfecto de nuestra sociedad y sin duda la funesta culminación de esta violencia infligida contra sí mismo.

Internet, en vez de ser presentado como un espacio de libertad y de transformación, comparece según Byung-Chul Han como el escenario paradigmático y cómplice de los problemas del presente, allí donde éstos se revelan con mayor claridad e intensidad. En la red se asistiría a una suerte de dictadura de la transparencia que derivaría en un panóptico digital que a la postre, en conexión con lo referido anteriormente, sería más bien un autopanóptico, donde cada uno ejercería al mismo tiempo de policía de sí mismo y de los otros. O por decirlo con sus palabras: «el *me gusta* es el amén digital. Cuando hacemos clic en el botón de *me gusta* nos sometemos a un entramado de dominación. El *Smartphone* no es solo un eficiente aparato de vigilancia, sino también un confesionario móvil. Facebook es la iglesia, la sinagoga global (literalmente, la congregación) de lo digital» (p. 26).

Las críticas a Internet se concentran además en las retóricas del *Big Data* tan en boga hoy en día, el cual designa esa forma o ideología del conocimiento según Han que se sustenta en la explotación de la transparencia, donde se confunde la recolección de informaciones y de huellas de todo tipo con el auténtico conocimiento y donde se iría a parar a una especie de *Big Brother* digital. Así se consumaría una presunta o sedicente segunda Ilustración que anunciaría el fin del reinado de la teoría y cuyo imperativo se sintetizaría en querer convertir todo en datos e información (p. 88). En realidad, empero, este *dataísmo* se descubriría más bien como un *dadaísmo* redivivo por sobredimensionar los datos, sobre todo por culpa de la inmensa cantidad de ellos, al mismo tiempo que se renunciaría a dotarles de un entramado de sentido, cayendo así en un deslumbramiento que sacrifica lo cualitativo en favor de lo cuantitativo. Así pues, los partidarios del *Big Data* confiarían ilusamente en que los números, como si fueran una especie de manifestación del inconsciente digital, hablan por sí mismos y en que dan cuenta exacta de nuestros patrones de conducta, lo que incluso les otorgaría la capacidad de poder anticipar el futuro. Por añadidura, esta ideología del conocimiento, que en su opinión no sería

más que un nuevo rostro de la barbarie, lo que este autor denomina una barbarie de los datos, se revelaría asimismo como un reflejo de los tiempos. Por eso pone de relieve que el *Big Data*, al hacer del futuro algo predecible y controlable, es «totalmente *ciego ante el acontecimiento*» (p. 113) y al fin y al cabo lo es de manera necesaria, puesto que más que un conocimiento, esta ideología del conocimiento proyecta en verdad lo que no sería más que la imagen que tiene del sujeto actual: la de un sujeto sujetado, inconscientemente preso de su deseo y prácticamente incapaz de escapar de sí mismo, donde en realidad no se contempla la posibilidad de lo imprevisible, de lo discontinuo, de la interrupción o de la ruptura. De ahí también que vea este dataísmo como una simple moda epocal.

El mismo Byung-Chul Han, sin embargo, parece compartir en cierta medida y sin querer algunos elementos de esta ideología que critica con acierto, pues partiendo de pensadores como Deleuze y Foucault sitúa la alternativa al poco halagüeño panorama de la sociedad del presente en soluciones individuales, las cuales se materializarían en prácticas de la libertad que favorecerían las rupturas y las discontinuidades y quedarían englobadas en una categoría de nombre tan sintomático y tan tradicionalmente apolítico como la del idiotismo. De acuerdo con su opinión, «el idiota es por esencia el desligado, el desconectado, el desinformado. Habita un *afuera impensable* que escapa a la comunicación y a la conexión [...]. El idiotismo se opone al poder de dominación neoliberal, a la comunicación y vigilancia totales. El idiota no “comunica”. Pues se comunica con lo incomunicable. Así se recoge en el silencio» (p. 122).

El ensayo concluye así con la defensa de una alternativa que coincide más bien con algo semejante o equivalente a una abdicación de la política, o que como máximo pertenecería al orden de la micropolítica, lo que en definitiva no haría más que permitir o facilitar la reproducción de los males que denuncia. Dicha propuesta no deja de parecer en realidad una especie de solución demasiado comprometida con la pureza, en la no contaminación del individuo o en este caso del idiota por lo social, quien de todos modos tampoco está claro hasta qué punto sería efectiva o plenamente libre, dado que cada espacio de libertad en tanto que afuera estaría cuanto menos condicionado o influido previamente por lo que acontece en el adentro. De ahí por ejemplo que lo que busque sean prácticas o características que, más que ir en pos de un horizonte positivo o relativamente determinado, se entienden como una negación de lo que acontece en el seno de la sociedad, como es el caso de la de-psicologización, o que se refiera al idiota como un ser desligado, desconectado y desinformado (p. 122). En este sentido, la cita de la artista Jenny Holzer con la que abre el libro, «protégeme de lo que quiero», sería el epítome del carácter paradójico de esta libertad.

En otro orden de cosas, habría sido sumamente interesante que Han profundizara además en una cuestión como la que se refiere a la porosidad o los juegos de máscaras que a nivel fáctico se dan y se han dado continuamente entre el afuera y el adentro de la sociedad, tal y como ha explorado un antropólogo como Victor Turner, quien ha investigado en *El proceso ritual* cómo las figuras de exclusión de la comunidad son a la vez las de su renovación y regeneración; o como ha

analizado un pensador como Michel Meyer en su obra *La insolencia*, escrito en el que despliega en clave histórica y filosófica este concepto que designaría las prácticas de aquellas personas en las que se reúne lo insólito y lo insultado por la sociedad pero que asimismo vehiculan una dura crítica que no deja de ser escuchada y seguida por un buen número de personas.

Psicopolítica aparece a fin de cuentas como una obra con numerosas intuiciones penetrantes, sugestivas y de gran actualidad, aunque no siempre acaban de ser trabajadas y desplegadas del todo, lo que puede estar parcialmente justificado por la brevedad del texto. Ciertamente, los escritos de Byung-Chul Han dialogan, se interpelan y se complementan entre sí, pero eso no impide que ciertas cuestiones despierten previsibles dudas u objeciones en el lector que podrían haber sido dilucidadas en el libro. En este sentido, y pese al elogio expresado más arriba, su forma de escribir, brillante e incisiva, se corresponde a un modo de razonar que a veces peca de ser demasiado directo, sin preocuparse por arrostrar algunas de las dificultades que se desprenden de sus aseveraciones. Eso facilita la lectura pero también va en detrimento de la precisión o de una mayor exhaustividad a la hora de explicar una realidad que no deja de ser compleja, heterogénea y ambivalente. En este sentido, el libro se caracteriza por la abundancia de sentencias cortas, a menudo excesivamente taxativas, que con frecuencia acompaña de adverbios como “siempre”, “totalmente”, “nunca”, “únicamente” u otras formulaciones equivalentes, donde se ahorra la oportunidad de matizar o problematizar las por otro lado interesantes observaciones que realiza. Esto se evidencia en fragmentos como el siguiente: «hoy la percepción no es capaz del silogismo, puesto que *zapea* sin fin por la red digital. Se dispersa totalmente. Solo un demorarse contemplativo es capaz del silogismo» (p. 106). Y esta forma de pensar, a lo que se suma el pesimismo que destila, desemboca en una suerte de fatalismo no del todo justificado a la luz de lo expuesto.

Por eso, muchas de las reflexiones diseminadas a lo largo del ensayo no dejan de suscitar dudas o como mínimo generan el deseo de recibir alguna explicación adicional. Por ejemplo, cuando escribe que «el poder está precisamente allí donde no es tematizado. Cuanto mayor es el poder, más *silenciosamente* actúa» (p. 27) es inevitable pensar en un régimen como el totalitarismo o en formas políticas que, desde luego sin dejar de cultivar maniobras de poder en la sombra y a espaldas de la población, se empecinaban en la edificación de una maquinaria mediática omnipresente y nada silenciosa que jugaba un rol indispensable a la hora de preservar el régimen del terror. Que haya un poder que sea amable o posea un rostro permisivo, no excluye que este tipo de poder cohabite y se complemente con otros menos agradables y se entiendan en un sentido negativo.

Por otro lado, apunta Byung-Chul Han de manera acertada que la metamorfosis del capitalismo industrial en un capitalismo más sofisticado como el financiero y neoliberal transforma al trabajador en un empresario de sí mismo y a continuación agrega que «por el aislamiento del sujeto de rendimiento, explotador de sí mismo, no se forma ningún *nosotros político* con capacidad para una acción común» (p. 18). Y esta última sentencia no deja de ser un motivo de sorpresa en un periodo como el actual que se caracteriza precisamente por la elevada e inicialmente

sorprendente cantidad de movilizaciones políticas que ha habido en los últimos años (que hayan triunfado o fracaso no viene ahora al caso) o asimismo en el surgimiento de numerosas iniciativas digitales y no digitales que se fundan en el procomún.

Por lo que respecta a sus reflexiones acerca de la transparencia, ampliadas ciertamente en su obra *La sociedad de la transparencia*, es preciso puntualizar que esta no solamente tiene que ver con un desnudamiento sino también, y a veces especialmente, con una construcción personal que en muchos casos si bien debe preocuparse por estar recubierta de una apariencia de verosimilitud no es del todo fiel a los hechos, especialmente en un universo virtual como Internet. Por lo menos desde Erving Goffman y su *Presentación del yo en la vida cotidiana* se ha recalcado el aspecto dramático de la acción humana, de modo que ese fenómeno que recientemente se ha bautizado con el nombre de *extimidad* no tiene por qué ser visto, al menos no necesariamente, como la simple y sincera revelación de las entrañas psicológicas del individuo. A decir verdad, la red ha evidenciado y de paso ha radicalizado los aspectos policromos, polivalentes y en definitiva plurales de la subjetividad humana. Además, tanto a nivel personal como a nivel político, las prácticas de visibilización de ciertas cuestiones con frecuencia no son más que estrategias que persiguen y consiguen la invisibilización de otras diferentes, por lo que mostrar y esconder no comparecen como términos excluyentes.

Por último, Han traza una ecuación entre consumo y pasividad que ya hace tiempo que no es sostenible gracias a la aportación de pensadores o investigadores tan diferentes como Michel de Certeau, Arjun Appadurai, Néstor García-Canclini o Jesús Martín-Barbero, con mayor razón desde la irrupción y consolidación de Internet. Ello ha motivado que una palabra acuñada en su momento por Alvin Toffler como *prosumidor* haya devenido de uso común o que Eric von Hippel, por poner solamente un ejemplo, haya insistido en que la (rapidísima) evolución de Internet ha sido posible gracias justamente a la inmensa cantidad de aportaciones realizadas por sus consumidores, razón por la que ha reivindicado lo que ha denominado la *user innovation* o por la que se han popularizado prácticas económicas como la del *crowdsourcing*. De hecho, la misma idea de autopanóptico que Byung-Chul Han expone sería únicamente posible en virtud de este lado en modo alguno pasivo del consumidor.

Estas observaciones no suponen ni mucho menos la refutación o la invalidación de las tesis defendidas por Han, si bien podrían poner en tela de juicio la rotundidad o el alcance de algunas de ellas así como la necesidad de integrar determinadas cuestiones que no toca en su libro, lo que ayudaría a enriquecer lo que ya se percibe como un pensamiento filosófico vigoroso, propio, original y maduro. En cualquier caso, *Psicopolítica* aparece como una de las manifestaciones de este pensamiento todavía en plena efervescencia, como una de esas obras que se exponen al riesgo de pensar el presente y que encuentra su mayor virtud en ser una provocación inteligente y una incitación a la lectura y a la reflexión.

Edgar Straehle
Universidad de Barcelona